

— El bandolerismo en Andalucía —

La estación de Setenil está á dos leguas del pueblo, y como éste se encuentra en una hondonada, no se divisa su caserío hasta que marchando por la vereda se halla uno muy cerca de él.

Por la vereda marchaba yo pensando en el modo de que mi presencia no inspirase recelos, ni mi máquina fotográfica, delatando mi condición, despertase alarma, que sin duda habrían de dificultar mis trabajos, cuando me encontré con una pareja de la Guardia civil que caminaba en sentido opuesto.

Deseoso de adquirir informes interrogué á los guardias, comenzando por confiarles la misión que me proponía llevar á cabo, á fin de que ellos me indicasen los medios de que me debía valer.

— Ya es difícil lograr lo que usted se propone. En Setenil, como en todos los pueblos en que el «Vivillo» causó víctimas, nada le dirán del famoso bandolero, ni aun aquellos que fueron objeto de sus robos, y mucho menos si presumen que es usted periodista, es decir, que de al-

gún modo pueda usted contribuir á que sea descubierta y capturada la partida. Así es que lo mejor sería que se presentara usted como un fotógrafo ambulante que va á tratar por los pueblos...

— ¿Pero tanto miedo tienen al «Vivillo»?

— Como á todos los salteadores, porque en paz con él las gentes del campo tienen que agradecerle sus generosidades y temen su venganza en el caso de una delación que nos ponga sobre la pista. Se da el caso de que, lejos de obtener una confidencia, tropezamos con el gravísimo inconveniente para conseguir su persecución, de que siempre nos dan informes falsos, indicándonos que debe encontrarse por sitios opuestos al en que efectivamente está.

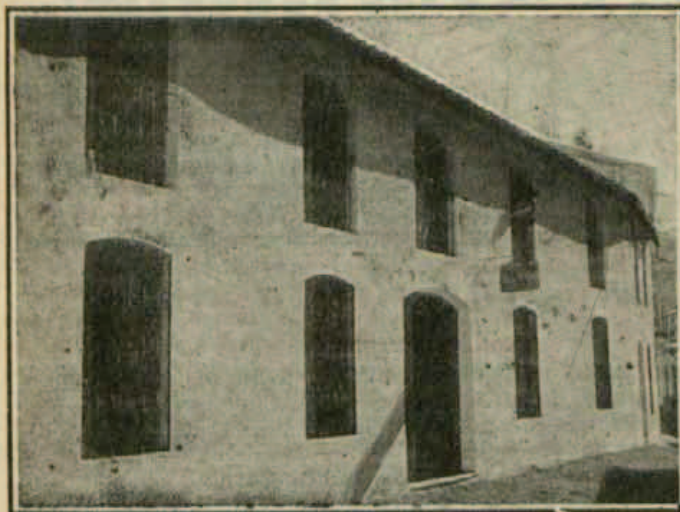
— Entonces no será fácil capturarle.

— No, señor. Muy difícil. De poco ha de servir que marchemos en parejas atravesando campos y haciendo jornadas de cuarenta y ocho horas, durmiendo rara vez en un caserío: los que saben algo, callan, y los que hablan nos despistan.



La Guardia civil del puesto de Setenil que persigue á los bandidos, descansando durante un reconocimiento en la Sierra.

Las observaciones que me hicieron los guardias obtenían un momento después plena confirmación. Ya en la posada de la Victoria interrogué aparentando indiferencia y no obtuve ningún resultado positivo. La dueña del establecimiento y sus hijos me dijeron que nada sabían,



El parador de la Victoria, donde se ha hospedado el «Vivillo».

y únicamente algunos de los arrieros que descansaban en el zaguán, afirmaron que en aquella misma posada se había alojado muchas veces el popular «Vivillo». En cuanto á confidencias, no encontré medio de obtener la más insignificante. Al tratar este punto, mirábase unos á otros recelosamente y concluían por decir que nada sabían.

Decidí aprovechar las últimas horas de la tarde hablando con los que en Setenil han sido víctimas del andaz bandolero. Pero fué infructuoso el resultado, porque ninguno se encontraba en su domicilio. Por la noche pude ver al alcalde D. Sebastián Guzmán. Llaméle aparte, subimos á una habitación de la posada, díjele que tenía el propósito de retratar á los robados y á él, por supuesto.

—No lo conseguirá usted seguramente — me contestó. Sospecharán que el «Vivillo» puede enterarse y temen su venganza.

—Pero interponiendo usted su influencia... Ese temor es completamente pueril...

—Sin embargo. Lo considero muy difícil.

—Usted por lo menos no se negará.

—Yo no. ¿Pero qué interés tiene mi retrato? Afortunadamente para mí, he librado el pellejo y la bolsa. Porque cuando robaron á mi primo Pedro, yo debía ir con él á la feria, pero dió la casualidad de que el día anterior vino un tratante con ganado y le compré el que necesitaba.

En vista de la ineficacia de mis gestiones decidí tomar otro rumbo y antes de amanecer me puse en marcha, caballero en un rocínante, que me costó trabajo adquirir, porque sabiendo que me proponía recorrer los pueblos cercanos, temían que me despojaran los bandidos de mi cabalgadura, si me encontraban.

Guiábase el deseo de ver si casualmente tropezaba con la partida del «Vivillo» y con este propósito me dirigí á Alcalá del Valle, donde reside José «el del Horno», una de las víctimas de los bandoleros.

Encontrábase aquél enfermo en cama á consecuencia de la impresión que le produjo la sorpresa de que fué víctima. Contándome el modo de que ésta se verificó, díjome que los bandidos le dieron el alto, amarrándole de tal modo que no podía hacer el menor movimiento, y que después de robarle dejáronle abandonado, hasta que, sorprendidos seis ó siete viajeros más y amarrados y desvalijados también, fueron librados de sus ligaduras por un vecino de Setenil que casualmente pasó por aquel punto algún tiempo después.

Salí de Alcalá continuando la jornada, atravesando campos y olivares, y de este modo caminé todo el día, in-

formándome por los campesinos de la dirección que debía tomar. Visité El Gaster, Arriate, Puerto del Monte, Venta del Granada y otros pueblecitos cercanos, dando por terminada la excursión al anochecer, para pernoctar en Ronda.

En estos pueblos sólo pude adquirir la certidumbre de que no se trata de una sola partida, puesto que algunos de los robos de que se tiene noticia se han cometido en diferentes puntos y con tan escasa diferencia de horas, que hace suponer que no pudieron ser las mismas personas las que los ejecutaron.

Indudablemente, aprovechándose del terror que las hazañas del «Vivillo» siembran en los poblados andaluces, se han formado otras varias partidas de saltadores que acometen á los viajeros acomodados para despojarlos de sus bienes.

Al amanecer del siguiente día púsemme nuevamente en camino, tomando distinta dirección. También atravesando campos, pasé por Cañete, Alcalá la Real, Almargen y Campillo, invirtiendo en esto todo el día, y á última hora de la tarde, entre Fuente Piedra y La Roda, cuando ya desconfiaba del éxito de mis gestiones y me disponía á buscar un pueblecillo en que pasar la noche, atravesando un espeso bosque de encinas, escuché de pronto una voz enérgica y varonil que me daba el alto.

Casi al propio tiempo que fijaba la vista en un individuo que armado de escopeta se ponía delante de mí, observé algo más allá, al abrigo de los árboles, un grupo de hombres, tendidos unos, sentados otros, que parecían descansar. Algunos tenían escopetas, y ocultaban el rostro bajo el ala del ancho sombrero. Su porte era el de los trabajadores del campo. Junto al tronco de un árbol corpulento, en el que se veían apoyadas dos ó tres escopetas más, pacían cinco ó seis caballos enjaezados á la andaluza, como los que suelen llevar los contrabandistas. Algunos de ellos tenían mantas jerezanas, y las de otros servían de colchón á sus dueños, que dormían tranquilamente.

Confieso que al encontrarme con aquellos hombres, que desde luego me hicieron pensar en el «Vivillo», sentí impulsos de retroceder; pero mi caballo, lejos de obedecer la indicación que instintivamente hice con la rienda, dirigióse resuelto hacia el grupo.

El que me había dado el alto me preguntó qué hacía por allí, dónde me dirigía, y en tanto que iba respondiendo á sus preguntas, que no formulaba en tono de amenaza, vi que algunos de los del grupo se incorporaban y



Habitación ocupada por el «Vivillo».

desperezándose y sin conceder gran importancia á mi presencia, aproximábanse hacia mí.

—Iba buscando un pueblo en que pasar la noche — les dije — y si ustedes me hicieran el favor de indicarme el camino más corto...

—Se le dirá — añadió uno de ellos. — Pero, ¿cómo viaja usted solo por estos sitios y á estas horas, cuando tanto

se habla de partidas que sorprenden á cada paso á los caminantes?

—¿Y para qué habrían de sorprenderme á mí?

—¿No lleva usted dinero?

—Unas pesetas, que no pueden tentar la codicia de nadie.

—¿Y no lleva usted armas?

—Ninguna.

Invitáronme á descansar, y uno que empuñaba una bota ofrecióme un trago.

Cuando, respondiendo á sus preguntas, les hice saber que era fotógrafo y les invité á que se dejaran retratar, accedieron á mi deseo y obtuve unas instantáneas del pintoresco grupo.

Y no ocurrió más. Indicaronme el camino del pueblo y dejáronme marchar tranquilamente, no sin permitirse alguna broma acerca de mis condiciones de jinete.

—¿Será esta la famosa partida?— iba preguntándome yo, dirigiendo hacia La Roda los pasos de mi cabalgadura por la vereda que, serpenteando entre los árboles y las matas, se ensombrecía al anochecer.— No; estos hombres serán contrabandistas, que esperan que la noche cierre para introducir el alijo. ¿Pero cómo se atreven á ir en cuadrilla y con armas, sabiendo que la Guardia civil tiene orden de recibir á tiros á los que se les presenten con aspecto de una partida armada?

Y como no había de encontrar fácilmente la solución, decidí cortar mis reflexiones y, espoleando al caballo hasta obligarle á galopar, di pronto con mis molidos

huesos en la posada de La Roda, donde pasé la noche durmiendo como un bendito.

Al amanecer del siguiente día púseme nuevamente en camino para Setenil.

Me llevaba el propósito de tratar á todo trance á Pedro Guzmán, una de las víctimas del «Vivillo», y algunos otros de los que habían tenido intervención en el asunto y quería también intentar la reconstitución de una de aquellas escenas del bandolerismo en el propio sitio en que ocurrieron.

Innumerables y suficientes para rendir el ánimo más tenaz fueron las dificultades que me opusieron, pero mi insistencia fué mayor y conseguí con ella vencer los escrúpulos y temores de los interesados.

También pude lograr que algunos campesinos se prestaran á ser retratados en la propia Cañada del Boquerón, tendidos y amarrados en la misma forma en que lo fueron las víctimas auténticas del «Vivillo» y su partida, para lo cual me serví de las indicaciones del señor Guzmán, uno de los robados por el ya famoso bandido.

Cuando de regreso á Madrid me detuve en Bobadilla para tomar el tren, supe por un teniente de la Guardia civil que el día antes, las fuerzas que persiguen al «Vivillo» anduvieron á tiros con la partida cerca de Montoro, sin lograr otro resultado que dar muerte á algunas de las caballerías

*José Campúa.*



EL CABO ROMANO

Comandante del puesto de Setenil que persigue tenazmente á la partida del «Vivillo».

que llevaba.



Forma en que el «Vivillo» y su partida ató á siete de sus víctimas en la Cañada del Boquerón.  
(Reconstitución hecha en el lugar del suceso.)